



:: REPORTAJE FOTOGRÁFICO: SERGIO GARCÍA

Durmiendo entre los 'sin techo'

Una noche con los indigentes que se refugian del frío y la lluvia en el frontón de Rekalde desde noviembre

■ **SERGIO GARCÍA**

BILBAO. Llevan tres meses allí atrincherados y el cielo no les ha dado tregua. Tres meses de lluvia, de frío polar, de vientos cruentos que calan hasta los huesos. De cartones, paraguas y placas de pladur levantados como parapetos; de colchones que se inflan con el agua filtrada por las paredes y que cae del viaducto sobre sus cabezas; de mantas amontonadas con olor a humedad que transmiten poco abrigo y mucho desconsuelo. De miseria.

Sobreviven de la caridad de los vecinos de Rekalde, de la pastoral diocesana, de quién sabe qué ni cómo. Viven y dejan vivir. Y la rutina que ha venido a ocupar sus vidas es un pálido reflejo del barrio en el que han encontrado acomodo y que no cambian por el albergue, al que sólo tienen derecho después de tres meses en Bilbao. «Son tres días de tregua, pero tienes que irte temprano por la

mañana y al regresar has perdido hasta el colchón», explican con las manos en los bolsillos y los hombros girados, como capeando el aguacero que cae con saña esta noche que EL CORREO ha elegido para estar con ellos (la del pasado lunes).

«Vine a construir carreteras y he acabado viviendo debajo de una». Lo dice Rachid Jamali, marroquí de Tánger, de 41 años. Lleva 20 en España, todo el tiempo en Cataluña hasta que hace seis meses decidió cambiar de aires y se vino a Bilbao. Ha hecho de todo. Trabajó en Mercabarna, en la construcción –carreteras, un puente en el puerto de Tarragona–, fue operario en una fábrica, ayudante de cocina... Es un superviviente. Cuenta con dos ventajas sobre el resto de sus compatriotas, una veintena de magrebíes hacinados sin más horizonte que esperar a la siguiente noche. Habla castellano y es el de más edad, lo

que le reviste de una autoridad incuestionable. Él decide los turnos de limpieza, dónde duermen los recién llegados, el reparto de víveres, zanja los alborotos. Es el enlace con el barrio, con la parroquia; la cara amable de una comunidad siempre bajo sospecha.

La suya es una historia de desarraigo, de familias que quedaron atrás esperando noticias y dinero con que salir adelante, de arriesgarlo todo en busca de una oportunidad que parece ahora más inalcanzable que nunca. Muchos llegaron en patera o escondidos en un tráiler. No es el caso de Rachid, pero sí de varios de los chavales que malviven bajo el viaducto de Rekalde, la mayoría gente joven y de paso; la vista puesta en Gran Bretaña, Francia... Cualquier sitio menos este, porque desde la crisis «aquí no hay trabajo ni para los españoles», abunda.

Abdel-Alí trabajó tres años con ordenadores, allá en Marruecos, y ha-

bla inglés. Parece el más despierto, el más desconfiado, contrario a que le saquen fotos. «¿Y si lo ven mis padres?», se estremece y pierde el aplomo, a saber qué expectativas manejan al otro lado del Estrecho. Los hay con papeles, pero no todos. Las camas donde se acuestan están pegadas a la pared del frontón, la chapa que marca las bolas buenas encima de sus cabezas, una metáfora de la fatalidad que les acompaña.

Intendencia solidaria

Reyito no pone tantas pegas. Se hace el remolón, sí, pero porque es lo que se espera de él. Es dominicano, de una aldea llamada Sosúa, pegadita al mismo Caribe con el que sueña desde que el diluvio se vacía encima suyo. «Claro que lo añoro, pero no me arrepiento. Vine con un contrato y llevo 11 años en España, muchos trabajando en Miranda de Ebro, en un 'Simply'. Cono-

cía Bilbao de venir aquí con el reparto. Santutxu, Barakaldo, Galdakao, Santurtzi...», enumera con una sonrisa desgana, como si empezara a dudar de que todo aquello ocurriera alguna vez. A medio centenar de metros, la chavalería del barrio la emprende a balonzos bajo las canastas y fuma a la luz de las farolas.

Son las nueve y media de la noche cuando llega el 'comité de ayuda'. Media docena de vecinos, algunos religiosos. Gente como Roberto, Christian o Susie, que traen caldo, café con leche, bolsas de magdalenas... Lo depositan todo sobre una mesa donde se sostiene en precario equilibrio un champú para cabellos secos y un bote de Cola-Cao. Ellos les proveen de bolsas de basura, recogedores, productos de limpieza, cazuelas, un hornillo, bricks de leche, botellas de agua o platos desechables. También de paquetes de arroz, cajas de naranjas y galle-



A la intemperie. Rachid, a la izquierda, es la máxima autoridad en el refugio levantado al abrigo del viaducto, el único que habla castellano y a quien todos se confían. Sus compañeros de infortu-

nio, tumbados en colchones empapados de lluvia o aprendiendo el idioma. Sobre estas líneas, la vida alrededor del frontón sigue y los indigentes son aceptados con normalidad por los vecinos.



tas. Y, lo que es más importante, hablan con ellos. Se preocupan por su estado, sus preocupaciones. Les estrechan la mano. No son los únicos. También la DYA y Cruz Roja giran visitas regulares y velan por la atención sanitaria de quienes enferman.

Ismael, Ibrahim o Mohamed son la cara de una misma moneda, el ejemplo vívido de que el destino puede golpear hasta arrebatarlo todo y, sin embargo, no ahogar las ansias de superación y supervivencia. Más en un lugar donde hacen falta tres años empadronado para acceder a la RGI. Y las historias son abrumadoras. Como la de aquella chica de 22 años que cruzó en patera hasta Almería con otros dos jóvenes, achicando agua como una posesora las últimas millas. Cuando llegó a Bilbao se descubrió que estaba embarazada de uno de ellos, un desafío que puso a prueba la 'cintura' del Servicio Municipal de Urgencia Social.

Abdel-Alí aprende castellano a la luz de la calle mientras la lluvia dibuja balsas de agua a los pies de su cama. Otros estudian mecánica, electricidad o cocina. Un empresario de Eibar –que les facilitó las piezas de pladur, la mesa y una docena de sillas para construir el campamento– ha contactado con ellos con el fin de poner en marcha una cooperativa de construcción y servicios, «porque si

AL DETALLE

238

personas viven en la calle, según los últimos recuentos realizados por el Ayuntamiento. Magrebies y subsaharianos son mayoría. Hace año y medio la cifra ascendía a 114.

LA FRASE

Destino esquivo

«Vine a España a construir carreteras y puentes y he acabado viviendo debajo de uno», reflexiona Rachid

no se les hace económicamente independientes, nunca saldrán de este bucle». Se ha dado un plazo de seis meses para poner en marcha el proyecto y llama cada noche para asegurarse de que no les falta de nada.

Las normas son simples. «No alcohol, no drogas, nada de gritos ni peleas. Y limpieza». Que el lugar no se convierta en un vertedero, un foco de insalubridad. Ellos ponen de su parte, entre otras cosas porque no hay mucho que hacer cuando se pasa

todo el día a la intemperie «dándole vueltas a la cabeza». La calle desgasta. Y obsesiona. «No queremos que nos ayudéis, queremos trabajar», es el mantra más repetido. Con escasos resultados.

La humedad lo invade todo

Cuando se apagan los ecos del barrio, el campamento se repliega sobre sí mismo. Menudean los grupitos –cuatro jugando con el móvil–, un cigarro, una cerveza. Llueve. Y el viento racheado empuja la cortina de agua por el hueco entre el viaducto y la pared del frontón. Las camas están cubiertas de mantas empapadas, un hervidero de ácaros. La humedad es espantosa, imposible de ignorar. Está en las zapatillas, en las gafas empañadas, en los calcetines que no tienen tiempo de secarse, en los gorros de lana.

Sepultado bajo tres mantas y perrechado con dos mudas, un polar y la chaqueta de monte, sigue haciendo frío, acentuado por una corriente de aire que se desliza por la nuca y sacude una bandera del Athletic que cuelga, huérfana y sin gloria, de la pared. Rachid se acerca con un plato de arroz blanco que compensa su pobre aspecto con el vapor que desprende. El estómago lo agradece y el cuerpo se entona... media hora. Lo que tardas en comprender que estás debajo

Una gota de generosidad entre tanto sueño roto

Llegan cada noche, armados de termos, paquetes de spaguetis y mucho cariño. Los voluntarios del grupo Tanta (una gota) riegan con su generosidad este desierto de esperanza, porque lo que se dice de agua, está sobrado. Son herederos del consorcio que aglutina a CEAR, Fundación Ellacuría, Peñasal, Harribide, Comunidades de Vida Cristiana... organizaciones con las que dar soluciones desde el ámbito legal, de la educación o la vivienda. Un camerunés que había encontrado precisamente refugio en un piso de Ellacuría fue el primero en reparar en que algo se podía hacer en el frontón. Empezó a llevar a la gente allí concentrada termos con bebida caliente y el ejemplo cuajó. Según datos del SiiS, centro vasco de estudios de políticas sociales, sus destinatarios son víctimas de robos, timos, insultos y hasta agresiones; casi un 60% no tiene estudios ni ingresos económicos y el 20% ni siquiera sabe que existe la RGI. Pasan la mayor parte del día solos y el 40% declaran problemas de salud crónicos.

de una gotera que ha escogido tu cabeza para gravitar, y que se desliza de alguna grieta en el forjado a 20 metros de altura.

A las cuatro de la madrugada estalla un alboroto. Uno de los inquilinos más trasnochadores se ha encontrado a su regreso con que alguien ha desplazado su cama y que la lluvia la ha empapado totalmente. No atiende a razones y tienen que intervenir varios para calmarlo hasta que finalmente le encuentran un sitio por ahí para sofocar el conato de bronca. La verdad es que basta con echar un vistazo al cielo y a la lluvia que arrecia para comprender su mala leche, que ha desvelado a todo el mundo. Eso y el traqueteo rítmico de los camiones cuando cruzan las juntas de dilatación de la autopista: un golpe seco, sin concesiones, que se repite hasta el infinito y que puede hacer enloquecer si no se ignora.

«Dios me castiga de alguna manera», dice Rachid entre un recital de ronquidos. Posiblemente sueñe con que, en cuanto amanezca, recurrirá como cada mañana a las Apostólicas, en Manuel Allende, para desayunar algo caliente y asearse, quién sabe si también dejarles algo de ropa sucia. Ese es todo su plan para mañana, siempre a la espera de que pase algo. Algo que marque la diferencia.